

DE PATRONES Y CLIENTES: SOBRE LA CONTINUIDAD DE LAS PRÁCTICAS SOCIOPOLÍTICAS EN LA ANTIGUA PALESTINA

EMANUEL O. PFOH*

Abstract: The emerging entities of Iron Age II Palestine have always been regarded as a true manifestation of statehood. From an evolutionary point of view, what constitutes statehood are quantitative features rather than qualitative differential ones. This paper points out the necessity of reconsidering from a critical perspective the sociopolitical nature usually granted to the kingdoms of Israel and Judah. The archaeological and epigraphical records show a primacy of kinship at the inner communal realm and of patronage at the inter-communal realm. Therefore, taking into account the postulate that statehood cannot evolve from within the community, as some authors have suggested, and since patronage could be an extended way of kinship, it is proposed that during the Bronze and Iron Ages in Palestine existed a continuity of the socio-political practice of patronage which excludes the appearance of statehood as a native and main sociopolitical formation.

Keywords: kinship – patronage – statehood – Israel and Judah

Palabras clave: parentesco – patronazgo – práctica estatal – Israel y Judá

INTRODUCCIÓN¹

Pocos temas de incumbencia histórica y arqueológica, como el debate acerca de la situación sociopolítica en las tierras altas de Palestina hacia el siglo X a.C., han tenido la repercusión necesaria para trascender los límites del mero interés académico y coronarse como espléndidos ejemplos de la manera en que el pasado, muy lejos de ser un recuerdo pasivo, afecta considerablemente la percepción de nuestras situaciones políticas en el

* *Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, Argentina.*

¹ Este trabajo fue inicialmente presentado como ponencia en la mesa temática “Problemas teóricos de la Historia del Cercano Oriente Antiguo”, en el marco de las IX Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Córdoba, Septiembre de 2003. Agradezco los comentarios del Dr. M. Campagno a versiones preliminares de este texto. Se han efectuado modificaciones y correcciones.

presente². Este debate se enmarca en uno aún mayor que gira esencialmente en torno a la cuestión de la historicidad de los relatos del Antiguo Testamento o, mejor dicho, a la calidad y la cantidad de información histórica que podemos extraer de esta narrativa mediante metodologías modernas³. No es éste el lugar para considerar tal debate en su totalidad ni para discutir la rigurosidad de las metodologías de investigación histórica enfrentadas⁴; más bien, restringiremos nuestras consideraciones a plantear la cuestión de la situación sociopolítica de Palestina en la antigüedad oriental desde una perspectiva alternativa y, especialmente, de larga duración⁵. Cabe señalar también que debido al carácter problemático que presenta la narrativa bíblica, especialmente en referencia a la constitución de una entidad sociopolítica mayor en Palestina, es decir, el Estado de David y Salomón, tal evidencia será considerada solamente de un modo crítico y secundario. Nuestra intención en el presente trabajo es ofrecer una nueva perspectiva histórica para comprender la naturaleza sociopolítica de las entidades emergentes en Palestina durante la Edad del Hierro II (*ca.* X-VI a.C.) a través de una hipótesis sostenida con ejemplos precisos de la información antropológica y arqueológica.

EL PROBLEMA

Tradicionalmente, los estudios sobre el antiguo Israel al tratar el surgimiento de la monarquía –siempre a la luz del relato bíblico en los libros de Samuel, Reyes y Crónicas–, no han albergado ninguna duda al considerar la estructura sociopolítica preludiada por la actividad de Saúl, organizada mediante la conquista militar de pueblos de la periferia por David y consolidada posteriormente por Salomón, como un Estado, en mayor o menor medida. Con más seguridad aún, esta constatación de lo estatal se evidencia en las indagaciones sobre los pequeños reinos de Israel y Judá, originados –de acuerdo a la tradición bíblica– a partir de la escisión del imperio davídico-salomónico luego de la muerte de Salomón. Ahora bien, en vista de la ausencia de evidencia arqueológica directa o, al menos, consistente e indudable acerca

² Cf. Whitelam 1996: 122-175.

³ Cf. Zevit 2002: 1-27.

⁴ Hemos discutido estas cuestiones, aunque de un modo más que sucinto, en Pfoh 2002: 2-16; 2003: 55-72.

⁵ En el más pleno sentido braudeliano; cf. Braudel 1968: 65-71.

de estos reinos, el arqueólogo bíblico se veía obligado a integrar la narrativa del Antiguo Testamento de un modo armónico con los resultados de la actividad arqueológica en Palestina (aunque cabría resaltar que muchas veces esta armonía forzada se aseguraba con anterioridad a la interpretación misma de los resultados de excavación: ¡se iba a Tierra Santa a “desenterrar la Biblia”!). Eventualmente, el avance progresivo en los métodos de investigación, tanto en los estudios bíblicos como en la arqueología de Palestina, produjo resultados de recreación histórica no tan acordes con el relato bíblico pero que igualmente seguían de cerca su trama mediante paráfrasis racionalizadas de los principales eventos míticos de esta narrativa. Por ejemplo, la aparición del Estado en Israel ya no tenía como explicación histórica los mismos eventos y circunstancias evocados en el Antiguo Testamento sino que ahora hacía uso de los últimos desarrollos de la teoría antropológica política para dar cuenta de tal emergencia desde una perspectiva esencialmente evolucionista. Así pues, el liderazgo de Saúl era visto como el propio de una jefatura; el reino de David habría constituido claramente un Estado “temprano”, en el cual los elementos de parentesco jugaban aún un rol considerable; y el gobierno imperial de Salomón se habría establecido en consonancia con el pleno desarrollo burocrático estatal⁶.

Ahora bien, esta perspectiva posee serios problemas de interpretación histórica: la narrativa bíblica, creación de una mentalidad mítica con propósitos muy otros que los de ofrecer un reporte detallado de los eventos políticos de la Palestina del siglo X a.C., no puede guiar nuestra investigación ni nuestros resultados debido a que 1) fue creada con claros motivos teológicos, no historicistas; y 2) no es un reporte de Estado, una crónica real sino un mito de origen del poder monárquico otorgado por la divinidad, Yahweh –aunque no en forma de poder institucionalizado (estatal) sino como gracia divina otorgada a un individuo⁷–. Esta relegación del relato veterotestamentario a un segundo o tercer plano no dictamina necesariamente la no-historicidad de personajes como David o Salomón; más bien, nos insta a pensar el problema de la constitución de una organización sociopolítica a partir de un método histórico crítico y no a partir de una narrativa mítica de la cual no poseemos confirmación arqueológica de ningún tipo. Esa es la razón por la cual el relato bíblico del surgimiento estatal de Israel en Palestina no puede ser

⁶ Cf., entre otros, Finkelstein 1989: 43-74; Schäfer-Lichtenberger 1996: 94-105.

⁷ La relación entre rey, mesías y Yahweh es un *topos* literario fundamental en el Antiguo Testamento y no tiene connotaciones históricas sino teológicas; cf. al respecto, Thompson 2001: 57-82.

tomado como fuente primaria en una construcción histórica moderna del status sociopolítico de Palestina en el siglo X a.C. Este relato tiene su lugar de estudio en la interpretación teológica de la monarquía hebrea y, en consecuencia, no aporta demasiado –al menos, de un modo primario– a una interpretación socioantropológica de la evidencia arqueológica e histórica.

Una perspectiva crítica de análisis histórico nos permite también descartar las racionalizaciones del relato bíblico hechas a través de las teorizaciones y modelos de la antropología política. No podemos aplicar estos modelos a los personajes y estructuras de un mito sin confirmación externa, sin evidencia de la historicidad de este proceso sociopolítico e histórico. Esta última técnica de análisis no hace más que crear una realidad histórica virtual mediante una falsa confirmación de evidencia: sabemos que el reino de David era un Estado temprano porque la información bíblica así nos lo indica si la interpretamos a luz de la teoría antropológica. Sin embargo, ¿dónde se encuentra la evidencia arqueológica del Estado de David y de las características de un Estado temprano? La primera de estas evidencias ha sido interpretada en los estratos del suelo de Palestina sólo indirectamente, a la luz del Antiguo Testamento, y la segunda a la luz de una interpretación antropológica de un relato mítico no evidenciado. Tanto una como la otra carecen de confirmación externa. Es evidente, pues, que esta metodología es más que falaz. En consecuencia, presentaremos una nueva perspectiva que nos permite explicar y comprender la naturaleza de las entidades emergentes en la Palestina de la Edad del Hierro II a partir de la constatación de una ordenación del poder en estas sociedades a través del sistema de patronazgo.

OTRA PERSPECTIVA

Si consideramos nuestro problema –el de la naturaleza y la emergencia de las entidades sociopolíticas del Hierro II en Palestina: Israel y Judá– desde una perspectiva de larga duración, como señalábamos más arriba, una importante comprensión sociológica de las poblaciones de la antigua Palestina se hace presente; y si integramos tal comprensión en una perspectiva histórica general, el antedicho problema parece encontrar un principio de solución.

Primeramente, describamos nuestro mencionado sistema de patronazgo. ¿Cómo funciona y qué implica en términos sociopolíticos? Para comprender esto debemos remontar nuestra memoria bibliográfica a una importante contribución hecha a los estudios del antiguo Oriente. Hace casi cuatro décadas, en un artículo seminal, Mario Liverani describía cómo, durante la época de El Amarna en Palestina (*ca.* mediados del siglo XIV a.C.), los

pequeños “reyes” de las ciudades-estados se quejaban en sus epístolas al faraón egipcio acerca de la indiferencia de éste ante los reclamos de ayuda que ellos le hacían⁸. Cada reyezuelo consideraba haberle sido leal a su señor, el faraón, por lo que reclamaba el derecho a ser protegido y auxiliado por éste cada vez que una situación de peligro se presentaba. Sin embargo, el faraón no se mostraba obligado de ninguna manera a responder tales pedidos de ayuda. De acuerdo con el análisis de Liverani, la explicación de esta situación reside en comprender el choque de concepciones ideológicas y políticas que se producía en el intercambio epistolar. Si junto a esta perspectiva consideramos la reciente intervención de Niels Peter Lemche, que muy acertadamente describe –siguiendo la perspectiva de Liverani– a las sociedades del Levante a partir de su estructuración en un sistema de patronazgo⁹, la situación histórica y sociológica se nos esclarece más aún. Para el reyezuelo de Palestina, cuya concepción política se basaba en la relación patrón-cliente, el faraón claramente estaba faltando a su compromiso como patrón. En cambio, para el faraón, cuya concepción de las relaciones políticas era absolutamente centralizada (estatal), le era muy difícil, si no absurdo, comprender el reclamo de reciprocidad que le hacía su súbdito.

Ahora bien, este reclamo de reciprocidad cobra un sentido revelador si percibimos la relación de patronazgo como una extensión de las relaciones de parentesco.

La articulación social a través del parentesco obliga a “ayudar a quien nos ha ayudado” y a “no perjudicar a quien nos ha ayudado”¹⁰. A partir de estas premisas, la relación de patronazgo parece conformarse como emanación de la práctica del parentesco desde un ámbito comunal hacia un ámbito extra-comunal. Las premisas de reciprocidad, en consecuencia, son mantenidas sólo que, podríamos decir, de un cierto modo desigual debido a la polarización social que conforma el patronazgo. En un polo de este sistema sociopolítico se encuentra el señor o patrón, quien detenta un cierto poder sobre la

⁸ Liverani 1967: 1-18. Cf. también Liverani 1983: 41-56.

⁹ Lemche 1995a: 119-132; 1995b: 1695-1716; 1996: 106-120. Es importante señalar que la relación de patronazgo se hallaba ampliamente difundida en la cuenca del Mediterráneo durante la antigüedad, siendo ejemplar en Roma (cf. Alföldy 1996 [1984], *passim*). En general, acerca de las relaciones entre patrones y clientes, véase Eisenstadt y Roniger 1984; Gellner y otros 1986 [1977].

¹⁰ A. Gouldner, citado en Campagno 1998: 104 n. 10. Sobre la “articulación comunal mediante el parentesco” (Campagno), cf. Sahlins 1984 [1968]: 79-149; y, especialmente, Campagno 2002: 68-77.

contraparte de la relación, los clientes. A diferencia del orden estatal, en donde el elemento estructurante de las relaciones políticas es el monopolio institucionalizado de la coerción¹¹, en el sistema de patronazgo las relaciones fundamentales son las de lealtad y obediencia personales. De una manera que nos recuerda un tanto las imágenes que la Europa decimonónica poseía del déspota oriental, el patrón se comportaba de un modo autoritario, sin que nadie ni nada pudiera indicarle cómo actuar. Señala Lemche al respecto: “El patrón era, visto desde este punto de vista, seguramente un déspota en el sentido marxista del término, y el sistema [de patronazgo] podría ser llamado despótico debido a que quienes gobernaban eran las únicas personas que tenían en su poder la habilidad de tomar las decisiones finales que nadie podía discutir. Se creía, al mismo tiempo, que los gobernantes siempre actuarían como árbitros justos entre sus gobernados”¹². Asimismo, esta práctica sociopolítica nos podría ofrecer una respuesta ante la conspicua ausencia de leyes escritas en Siria y Palestina durante las Edades del Bronce y del Hierro: ¿no las había porque no eran necesarias!¹³. La voluntad del patrón y, supeditadas a ésta, las premisas del parentesco las reemplazaban.

En resumen, y de acuerdo a esta concepción ideal de patronazgo, si el cliente mantenía su lealtad hacia su patrón, obtenía de éste benevolencia y protección. Esta protección tenía diversas manifestaciones y aplicaciones pero la más concreta e inmediata en Palestina era la ayuda militar. Por otra parte, si el cliente faltaba a su compromiso de lealtad, el castigo era inevitable debido a que la palabra del patrón era “la ley” y no acatarla significaba traicionar una relación personal, una relación que nos indica parentesco aunque esta relación no esté necesariamente constituida por lazos de sangre—recordemos que un término común en la evidencia epigráfica de las relaciones internacionales en el Bronce Tardío es el de “hermano”, en referencia al tratamiento entre soberanos—¹⁴.

En este punto, el pensamiento evolucionista de la antropología política podría empezar a detectar el “germen” de una futura ordenación estatal en la

¹¹ Cf. Campagno 1998: 104 n. 12; 2002: 57-68, 79-94.

¹² Lemche 1995a: 129. La traducción es nuestra.

¹³ Cf. Lemche 1995b: 1695-1716.

¹⁴ Cf. Liverani 1994: 178-182 (“L’ideologia della fratellanza”). Aquí estamos ante una relación de parentesco “ideológico” entre iguales (p.ej., entre el faraón y el rey de Hatti) por la cual “la formación estatal por completo está metafóricamente representada como una (micro-) estructura familiar y las interacciones entre las formaciones estatales se formalizan de acuerdo al patrón de las relaciones intra-familiares” (Zaccagnini 1987: 62). La traducción es nuestra.

figura del patrón, cuyo dominio –de acuerdo a la literatura antropológica– podría ser descrito como el típico de una jefatura, estructuración social que era indicada como aquella que precede inmediatamente al Estado¹⁵. Sin embargo, ante esta suposición debemos remarcar la importancia fundamental que posee el parentesco en la articulación social de las comunidades no-estatales. La reciente intervención de M. Campagno (1998; 2000; 2002) y, anteriormente, la de P. Clastres (1978), han puesto bien en claro que no es precisamente dentro de la organización de las comunidades que debemos buscar el origen del orden estatal puesto que el jefe de la comunidad está “encargado esencialmente de resolver los conflictos que pueden surgir entre individuos, familias, linajes, etc., el jefe sólo dispone, para establecer el orden y la concordia, del *prestigio* que le reconoce la sociedad. Pero prestigio no significa poder, por supuesto, y los medios que posee el jefe para cumplir su tarea de pacificador se limitan al exclusivo uso de la palabra [...] jamás la sociedad primitiva tolerará que su jefe se transforme en déspota”¹⁶. Siguiendo a Clastres, Campagno resalta la importancia del rol del parentesco como articulador de las relaciones sociales, económicas y, especialmente, políticas en las sociedades no-estatales. La perspectiva evolucionista encuentra así un *cul-de-sac* teórico ante aquello que la empiria etnográfica referida en Clastres nos presenta, puesto que “la práctica del parentesco pone un límite a la diferenciación social en el interior de la comunidad: todo intento de acumulación de poder se verá, tarde o temprano, abortado”¹⁷.

Ahora bien, no hace falta estar muy atento para percatarse de la contradicción entre la postulación que hicimos más arriba del patrón o señor de una ordenación *chiefdom-like* como déspota y las palabras recién citadas en discusión con la perspectiva evolucionista. Pues bien, excluyendo al faraón egipcio en su calidad de patrón sobre los reyezuelos de Palestina y restringiéndonos a las sociedades de esta región, cabe preguntarse entonces, ¿cómo imponía el patrón su propia voluntad dentro de la comunidad siendo que él también se hallaba sujeto a la primacía de las relaciones de parentesco? Aquí nuestro planteo se torna un tanto problemático, pero podemos salvar la contradicción apelando a nuestra imaginación histórica y postular entonces la posibilidad de que el jefe de la comunidad o jefatura, imbuido en una primera instancia de prestigio mas no de poder, pudiese acceder a la práctica

¹⁵ Véanse, entre otros, Carneiro 1981: 37-79; Earle 1991: 1-15. Cf. también la crítica en Campagno 2000: 137-147.

¹⁶ Clastres 1978: 180 y 181.

¹⁷ Campagno 1998: 104.

de este último simplemente mediante el recurso de la violencia¹⁸. La idea de un jefe comunal déspota ya no es algo impensable en las sociedades del Bronce y del Hierro en Palestina, como sí lo era en los ámbitos que dieron lugar a la aparición de Estados prístinos, i.e., el egipcio¹⁹. Las incursiones de Egipto, Hatti y Mitanni en Siria-Palestina podrían haber provisto el modelo del ejercicio de una voluntad externa sobre la comunidad; una voluntad, no obstante, variable e intermitente en esta región lo cual quizás, junto con la necesidad constante del patrón de realizar concesiones a sus clientes para sostener así su poder y evitar que estos le ofrezcan y juren su fidelidad a nuevos patrones, haya favorecido la cristalización de una concepción política indígena de patronazgo antes que una concepción de orden estatal, de un poder institucionalizado²⁰. Esta frágil situación de ordenamiento sociopolítico ciertamente no impide que las élites indígenas patronales emulen de manera notable el comportamiento de la corte y los funcionarios estatales extranjeros, sus manifestaciones ideológicas y su cultura material²¹. Sin embargo, el modo de dominio del Estado no parece haber sido transmitido con esta emulación ya que no se ha hallado en el registro arqueológico ni en el epigráfico evidencia de una estructura estatal de tipo regional e indígena en toda la historia del Levante meridional.

Así pues, estas perspectivas mayormente teóricas nos presentan los serios problemas que surgen de considerar la probabilidad de una formación estatal

¹⁸ J. Black (1972: 614-634) ha documentado la práctica de la violencia entre parientes en sociedades estructuradas mediante el parentesco del Medio Oriente contemporáneo. En el Luristán persa, de acuerdo al autor, razones económicas quiebran la solidaridad familiar entre un linaje poderoso y otro empobrecido.

¹⁹ La distinción entre Estados primarios o (prístinos) y secundarios fue propuesta inicialmente por M. Fried (1978, 37). De acuerdo con este autor, un Estado primario es aquel que responde a estímulos endógenos en su conformación, sin influencia de otra entidad estatal, como sí la tienen los Estados secundarios que, en teoría, son el resultado de una interacción con otra entidad estatal. Cf. también, Campagno 2002: 16, 24, 77, 94.

²⁰ Téngase en mente la situación sociopolítica de Palestina durante el dominio egipcio del Bronce Tardío (cf. Redford 1992: 192-213) y la situación de retracción demográfica y de vacío político posterior a la crisis del siglo XII a.C. Las palabras de M.D. Sahlins nos resultan de gran utilidad con el siguiente ejemplo virtual: “La muerte de un personaje puede precipitar la crisis del sistema regional: su partido se disuelve total o parcialmente y la gente se reagrupa, posiblemente a lo largo de nuevas directrices, en torno a otros aspirantes a jefes. La constitución política es inestable: en su superestructura, un grupo de jefes que suben y caen, en la infraestructura otro de facciones que se amplían y contraen” (1984 [1968]: 141).

²¹ Véanse las consideraciones en Higginbotham 1996: 154-169.

en Palestina a partir del siglo X a.C. a partir del solo testimonio bíblico. Trataremos de que tales dificultades se hagan más evidentes a continuación, mediante una perspectiva de larga duración que nos revele la premisa que parece regir a lo largo de toda la historia sociopolítica de la antigua Palestina, esto es, la práctica que ordena el mundo de las relaciones sociales *dentro* de las comunidades también ordena, *mutatis mutandis*, el mundo de las relaciones políticas *entre* las comunidades.

NOVEDADES Y CONTINUIDADES EN LA ANTIGUA PALESTINA

Otra de las claves para comprender la naturaleza sociopolítica de los reinos de Israel y Judá radica en la historia cíclica de Palestina. El reconocimiento arqueológico por parte de I. Finkelstein (1994) de tres fases de marcado desarrollo demográfico (Bronce Antiguo II-III, Bronce Medio II, Hierro I-II), con fases intercaladas de retroceso demográfico, nos presenta una primera constatación a partir de la cual comenzar a pensar nuestro problema, ahora desde una perspectiva histórica.

Consideremos, en primer lugar, la situación durante el Bronce Medio II (*ca.* 1800-1650 a.C.). Durante este período Palestina experimenta un considerable salto cuantitativo y cualitativo en sus manifestaciones sociales: se produce un fuerte incremento demográfico, se intensifica la producción agrícola y artesanal, se afianza una importante conexión comercial con Siria, especialmente desde Hazor y Dan, y con Egipto al consolidarse Biblos como puerto comercial de la madera de cedro²². En este despliegue general, se destaca la proliferación de artículos de prestigio, lo cual implica la expansión de una élite, junto con la construcción de centros de prestigio (templos, “palacios”) y la fortificación de los principales sitios que dominan sus respectivas periferias tanto política como económicamente, caracterizados por la ostentación de monumentales entradas principales (*gateways*)²³. Arqueológicamente, se evidencia sin dudas que el sitio de Hazor sobresalió por sobre el resto de los centros políticos contemporáneos por su tamaño y complejidad. Hazor es el único centro político del Bronce Medio en el que se ha excavado una “acrópolis” con una aparente estructura de palacio, junto con un número de templos o capillas dedicadas a varias deidades. Además, este sitio ostentaba la única influencia política importante, aunque no

²² Mazar 1990: 174-231; Ilan 1995: 297-319.

²³ Mazar 1990: 180-182, 198-213.

permanente, en un nivel comarcal o semi-regional (sin considerar, por supuesto, la oscilante presencia egipcia)²⁴. Es más que probable, ante esta evidencia, que Hazor haya conformado una jefatura, dominando su periferia del modo que ya hemos descrito, mediante relaciones de patronazgo con otros sitios menores. Nadie podría decir que Hazor nos presenta la evidencia para hablar de un desarrollo estatal. En general, todos los centros importantes de este período tenían una estructura de organización sociopolítica que no se diferencia mucho de las estructuras tribales (de jefatura). Con Th.L. Thompson, “uno debe pensar en los ‘reyes’ y los consejos de estas ciudades-estados mejor como líderes de aldea, jefes de tribus y propietarios de tierras, cuyo poder depende más de su propia influencia personal y riqueza de tierras, antes que en cualquier tipo de burocracia civil o estructura de clase”²⁵.

Posteriormente, durante el dominio egipcio de Palestina en el Bronce Tardío (*ca.* 1550-1200 a.C.), estas estructuras no parecen haber cambiado de modo sustancial, manteniéndose, como se aprecia en la correspondencia de El Amarna, el ya mencionado carácter tribal o propio de una jefatura de los reyezuelos palestinos y las relaciones de patronazgo que describía Lemche, sobre la base del estudio de Liverani, más arriba. Luego de la crisis que afectó a todo el cercano Oriente durante el siglo XII a.C., Palestina sufrió un profundo proceso de realineamiento estructural, especialmente en el aspecto demográfico. Nuevos asentamientos surgen en las tierras altas gracias al empleo de terrazas, silos, cisternas de agua y alfarería utilitaria que permitieron la expansión humana hacia terrenos áridos y de una difícil economía de cultivo²⁶. Junto a esta reestructuración demográfica y económica, nuevos centros de poder sociopolítico aparecen (y reaparecen) hacia los siglos XI-X a.C.: Hazor, Guezer, Laquish y Meguido presentan una –según se señala–monumental y sofisticada arquitectura, sostenida por muchos autores como

²⁴ Mazar 1990: 192-203, 206, 209-210; Nigro 1995: 93-101; Finkelstein 1996b: 239.

²⁵ Thompson 1992: 194 (la traducción es nuestra). Como señala Thompson, la situación sociopolítica de Palestina durante el Bronce Medio se refleja en el relato de Sinuhe (*ca.* 1880 a.C.) que caracteriza a todo el Retenu superior como tierra de granjeros y pastores, cuyo “príncipe” no es rey de ninguna ciudad o Estado sino que se asemeja más a un jefe tribal (véase la traducción en Pritchard 1955: 18-22). Es dable pensar que la organización comunal interna obedece las premisas del parentesco, tanto en la Edad del Bronce como del Hierro (cf. en general, Stager 1985: 1-35; para las Edades del Bronce Medio y del Hierro II, cf. Ilan 1995: 318-319, y Faust 2000: 17-39, esp. 19).

²⁶ Cf. Thompson 1992: 215-292; Finkelstein 1994: 175-177.

la evidencia concreta de un Estado davídico-salomónico²⁷. De acuerdo a estos investigadores de cuño más tradicional, la evidencia arqueológica de los sitios mencionados puede interpretarse sin duda como el resultado de un planeamiento urbano por parte de un poder altamente centralizado, lo cual sugeriría una presencia estatal en este período. Sin embargo, es preciso señalar que ninguna construcción monumental *per se* remite automáticamente a una dirección estatal, por más planeamiento centralizado que las haya producido (uno no tiene más que pensar, por ejemplo y si se acepta la comparación, en el maravilloso complejo megalítico de Stonehenge de la Inglaterra neolítica). Construcciones de igual o mayor monumentalidad están presentes en épocas anteriores de la antigua Palestina –especialmente durante el Bronce Medio II, como hemos señalado más arriba– sin la necesidad de un aparato de Estado. Ni el urbanismo ni la densidad demográfica ni la monumentalidad edilicia delatan por sí mismas una presencia estatal²⁸. Ciertamente, todas estas características están presentes en las sociedades estatales, pero es el Estado mismo quien las hace posibles y no a la inversa. Cabe señalar además que no ha sido hallado hasta el momento ningún tipo de material suntuario en los estratos arqueológicos de estos sitios que nos sugiera una significativa jerarquización o polarización social de nivel estatal o que nos aporte indicios de la práctica del monopolio de la coerción, característica definitoria del Estado²⁹. Arqueológicamente, las estructuras sociopolíticas del Bronce Medio II o del Bronce Tardío son de similar tamaño y composición que las emergentes durante el Hierro II³⁰. Nos preguntamos

²⁷ Señala Dever (1997: 226) al respecto: “La evidencia arqueológica de un incremento en la complejidad política y la centralización consiste principalmente en lo que hemos estado considerando como ciudades planificadas con arquitectura ‘real monumental’. Estas [ciudades] son principalmente Hazor, Meguido y Guezer, todas mejor descritas como centros administrativos regionales [*¡sic!*]..., que datan en general del siglo X a.C. y constituyen la evidencia arqueológica de organizaciones políticas de nivel estatal”. La traducción es nuestra.

²⁸ *Contra* Dever 1997: 249.

²⁹ El descubrimiento en 1993 y en 1995 en el sitio de Tel Dan de fragmentos de una estela con la inscripción *bytdwd*, o Casa de David, probablemente perteneciente a la segunda mitad del siglo IX a.C., no constituye en sí misma evidencia directa de la historicidad del rey David de la Biblia o de una monarquía unida hacia los años 1010-930 a.C. en Palestina. Véanse los argumentos en Lemche y Thompson 1994: 3-22.

³⁰ Compárense los gráficos de estructuras edilicias de “palacio” en Nigro 1995: 39, 42, 44, 49, 51, 56, 58, 60, 64, 66, 68, 76, 99, 110, 116 (Bronce Medio) y 197, 218, 220, 227, 231, 236, 255, 258, 278, 284 (Hierro I-II).

entonces, ¿por qué razón las estructuras y edificaciones del Bronce Medio II son interpretadas como el resultado de la sofisticación de las jefaturas y ciudades-estados cananeas, en tanto que construcciones similares del Hierro II son presentadas como evidencia segura de la monarquía unida israelita? No encontramos otra respuesta a esta situación más que en la marcada influencia que el relato bíblico sigue ejerciendo en la interpretación arqueológica de la Palestina de la Edad del Hierro, inclusive en arqueólogos que furiosamente claman mantener separada su investigación profesional de sus creencias personales³¹.

Ahora bien, antes de ofrecer nuestra perspectiva deseamos considerar una nueva e importante interpretación de la cronología de la Edad del Hierro en Palestina que nos ofrece un marco arqueológico apropiado para sostener la hipótesis de que las relaciones de patronazgo constituyeron el modo dominante en que el poder se organizaba en el Levante meridional. Recientemente, I. Finkelstein –sin dudas uno de los más eminentes arqueólogos israelíes actuales³²– a partir de un nuevo fechado de la cronología de los estratos arqueológicos de Hazor, Guezer y Meguido (fechados por Y. Yadin en los años '50 y '60 como correspondientes al siglo X a.C. y como obra del rey Salomón, de acuerdo a 1 Reyes 9:15) que los reduce unos cien años con respecto a la cronología tradicional, ha desestimado la realidad histórica de un reino imperial de David y Salomón, remitiéndolo al recuerdo nostálgico con que la posterior monarquía del reino de Judá evocaba una mítica época dorada, y ubicando así recién hacia mediados del siglo IX a.C. la presencia de un Estado israelita³³, una dinastía fundada por Omri, lo cual, a su vez, se encuentra confirmado por la evidencia epigráfica contemporánea de los archivos reales de Asiria³⁴.

³¹ Véase la crítica en Thompson 1996: 26-43.

³² Que apenas una década atrás sostenía la presencia de una monarquía unida israelita en el registro arqueológico (cf. Finkelstein 1989: 43-44 y 63).

³³ Finkelstein 1996a, 1999, 2001; Finkelstein y Silberman 2001: 123-145, 169-195 y 340-344. Finkelstein y Silberman (2001: 212) consideran que algunas de las características que denotan una manifestación estatal (administración burocrática, economía de producción especializada, ejército profesional, escritura) son identificables durante el reinado de Jeroboam II de Israel (ca. 788-747 a.C.), sin embargo, esta afirmación se sostiene solamente si consideramos al libro bíblico de Reyes como fuente histórica contemporánea de los hechos que evoca, algo que no parece ser así, como reconocen los propios autores. Arqueológicamente, las evidencias son extremadamente ambiguas.

³⁴ Véase Pritchard 1955: 280-281. Omri puede haber sido un personaje histórico; sin embargo, su relevancia aquí reside en el carácter epónimo que posee el personaje. Cf. Thompson 2000: 323-326.

La intervención de Finkelstein es altamente valiosa puesto que encontramos en ella la oportunidad de reconsiderar críticamente gran parte de la historia de Palestina. El orden sociopolítico vigente durante las Edades del Bronce Medio y Tardío –el sistema de patronazgo– bien puede haberse recompuesto una vez que las consecuencias de la crisis general del siglo XII a.C. se atenuaron o desaparecieron. Es la propia ausencia en el registro arqueológico de indicios o evidencias de un orden estatal hacia el siglo X a.C. (el imperio bíblico de David y Salomón) la que nos permite acordar, en un principio, con la sugerencia de Lemche acerca de la recomposición de las relaciones de patronazgo en Palestina durante la Edad del Hierro en tanto ordenamiento sociopolítico dominante³⁵. Ahora bien, ¿cómo podemos explicar la reaparición de esta práctica? Si se nos permite apelar al registro etnográfico y etnohistórico contemporáneo, quizás encontremos allí una respuesta. P.C. Salzman, en un estudio sobre la ideología y el cambio social en las sociedades tribales del moderno Medio Oriente, nos ofrece la constatación de un fenómeno que bien puede adecuarse a nuestro caso, y señala que:

“una población tribal podría enfrentarse a lo largo del tiempo con períodos alternativos de presencia / ausencia de una amenaza externa, y podría responder con una alternancia de organización centralizada / descentralizada. Un sistema ideológico que mantiene la forma de organización alternativa más formal y de amplio alcance estaría así asegurando la disponibilidad de esta forma a través de épocas de inactividad y haciendo posible su rápida activación durante la recurrencia de condiciones para las cuales está adecuada”³⁶.

Esta constatación también puede ser atribuida al comportamiento de las sociedades nómades y sedentarias de Palestina durante el tercer y el segundo milenios a.C.³⁷ Finkelstein señala que este tipo de sociedad “fácil y rápidamente podía ajustarse a las condiciones económicas y políticas cambiantes. El pasaje hacia las diferentes estrategias de subsistencia estaba abierto en ambas direcciones –poblaciones sedentarias podían volcarse al nomadismo y los nómades podían sedentarizarse en respuesta a los cambios económicos, políticos o ambientales”³⁸. Así pues, es posible sugerir que en

³⁵ Lemche 1996: 106-120.

³⁶ Salzman 1978: 624. La traducción es nuestra.

³⁷ Cf. Finkelstein 1992: 133-142.

³⁸ Finkelstein 1992: 134. La traducción es nuestra.

los períodos de prosperidad, parte de la población se sedentarizaba y se relacionaba sociopolíticamente mediante el patronazgo (Bronce Medio II y Tardío, Hierro II). En los períodos de crisis, aumentaba el nomadismo pero el comportamiento sociopolítico seguía siendo el mismo, aunque en diferente grado (transición Bronce Tardío-Hierro I). Y este es un aspecto importante de notar. Tanto la organización política de la sociedad nómada como la de las organizaciones sociales sedentarias de Palestina –el patronazgo– responden en mayor o menor medida a las premisas del parentesco. En este sentido, el Estado y la sociedad tribal son modos sociopolíticos excluyentes. El primero no puede evolucionar de este último ordenamiento social. Es esto precisamente lo que nos permite postular –sumando peso a la propuesta de Lemche– el dominio de las relaciones de patronazgo antes y después de la crisis del siglo XII a.C. ante la ausencia de evidencia estatal indígena.

Entonces si existe, como se ha aceptado, una continuidad de cultura material entre la población de la Edad del Bronce Medio y Tardío y la población de la Edad del Hierro en Palestina³⁹, y si asumimos que, mediante el mecanismo ideológico-cultural propuesto por Salzman, determinadas prácticas sociales pueden transmitirse y mantenerse latentes en poblaciones que enfrentan períodos de crisis y recuperación, es dable pensar que la población que constituyó la Casa de Omri / Israel en las tierras altas de Palestina a principios del siglo IX a.C. no tenía en mente una ordenación estatal a la cual emular en los mismos términos. Por más que esta población conociera tal práctica y tal ordenación, creemos que dicha práctica aún sería concebida en los términos del patronazgo, del mismo modo precisamente en que los reyezuelos de la época de El Amarna concibieron el poder egipcio –sin dudas, uno estatal– en Palestina. Así pues, puede sostenerse que de la Edad del Bronce a la del Hierro no tenemos más que la transición “de una sociedad de patronazgo a una sociedad de patronazgo” (Lemche 1996).

PATRONES Y CLIENTES: ¿UN SUSTRATO CULTURAL?

La constatación de la evidencia y de los indicios mencionados nos permite pensar –aunque aquí la cautela debe ser extrema– que la práctica del patronazgo bien podría responder a la presencia de un *sustrato cultural*⁴⁰

³⁹ Cf. Thompson 1992: 301-338.

⁴⁰ Entendemos *sustrato cultural* como un “trasfondo y esencia a la vez, como un acervo cultural, un sistema social de comportamiento social, un conjunto de valores colectivos, una predisposición psíquico-cultural o un subconsciente colectivos, un sistema de referencias

semítico (que, no obstante, puede hacerse extensivo a la cuenca del Mediterráneo) que define la concepción del poder político en el antiguo Oriente. Pensemos por un momento en los aspectos de patronazgo que poseen las monarquías de Mesopotamia, tanto la babilónica como la asiria; el rey es siervo del dios, obedece la palabra del dios, hace cumplir su voluntad en la tierra, lo representa ante su reino y es el intermediario de este último ante la divinidad⁴¹. De igual manera podemos constatar esta concepción en Siria y, por supuesto, en Israel⁴². Es cierto que el carácter “estatal” del rey es mucho más marcado en el ámbito semítico oriental que en el occidental, pero lo que nos interesa destacar aquí es la pervivencia y la ubicuidad de una determinada concepción sociopolítica. En Palestina, tal concepción halla una mayor concurrencia con las propias prácticas que en el resto del mundo semítico, en donde predomina más bien en lo ideológico. Quizás esto sea así debido al carácter marginal de la propia región palestina, en donde la oportunidad de aparición o consolidación de estructuras estatales se vio siempre frustrada por la intervención de poderes extranjeros que no hacían más que reforzar la permanencia de las relaciones de patronazgo. Un ejemplo de esto es la administración del territorio palestino por parte del imperio asirio. La relación del reino de Judá con Asiria durante el siglo VII a.C., caracterizada usualmente como de vasallaje⁴³, no es más que una relación de patronazgo bajo el nombre de un aspecto de la sociedad de la Europa medieval⁴⁴. En último

compartido, una comunidad de respuestas culturales, un universo cultural” (Cervelló Autuori 1996: § 93). Cervelló Autuori utiliza este concepto para explicar la aparición de la civilización egipcia en un contexto cultural africano. Ciertamente, mucho de su análisis puede ser utilizado con provecho en lo que aquí proponemos y una investigación en esta dirección queda abierta.

⁴¹ Frankfort 1976 [1948]: 237-270. Véase, además, el prólogo al Código de Hammurabi (en Pritchard 1955: 164) en donde se caracteriza a la monarquía como un otorgamiento divino al rey.

⁴² Liverani 1974: 338; y Thompson 2001: 57-82, respectivamente. Por supuesto, no hay dudas de que las entidades sociopolíticas de Siria conformaban organizaciones estatales. Véanse Milano 1995: 1219-1230, y Van Soldt 1995: 1255-1266, para los casos de Ebla y Ugarit respectivamente.

⁴³ Cf., i.e., Otzen 1979: 251-261. Pueden verse características de patronazgo en los tratados celebrados entre el imperio asirio y sus súbditos levantinos; cf. la traducción en Parpola y Watanabe 1988.

⁴⁴ Sin embargo, debe hacerse una distinción *a priori*: el feudalismo es una relación *corporativa* entre dos estamentos de una sociedad (el rey y sus caballeros); por su parte, el patronazgo es una relación *personalizada* entre un patrón y sus clientes. Cuál es la relación entre patronazgo y feudalismo y cómo se manifiesta el patronazgo en los distintos niveles de las sociedades antiguas es una cuestión que aún necesita estudiarse en mayor detalle.

lugar, aunque igualmente de importancia, queremos notar que las dos principales entidades (jefaturas) del Bronce Tardío en las tierras altas de Palestina, Siquem y Jerusalén, ocuparon el mismo núcleo territorial que luego en la Edad del Hierro ocuparían los reinos de Israel y Judá respectivamente⁴⁵, lo cual también nos podría sugerir la posible existencia de un nicho ecológico y sociopolítico en estas zonas que favoreció una similar forma de organización en ambos períodos, una continuidad en el modo de estructuración territorial.

LA APARICIÓN DE ISRAEL (Y JUDÁ) COMO ENTIDAD(ES) SOCIOPOLÍTICA(S)

Ahora bien, ¿cómo es que surge el reino de Israel en las tierras altas de Palestina en el siglo IX a.C.? Es dable pensar que la recomposición demográfica a comienzos de la Edad del Hierro, de la que hablábamos más arriba, haya favorecido la reaparición de pequeños sitios que interactuaban en el sentido de lo que C. Renfrew llama *peer polity interaction*⁴⁶, pero que ahora estaban posibilitados de crear una mayor cantidad de relaciones de patronazgo y expandirse –ante la ausencia de un gran patrón como el egipcio durante el Bronce Tardío–, también estimulados por la reactivación del comercio interregional de bienes suntuarios⁴⁷. Esta situación habría dado origen entonces a la Casa de Omri, un gran sistema de patronazgo dominando el norte y centro de las tierras altas palestinas, con su centro político en Samaria, y del cual tenemos evidencia precisa tanto arqueológica como epigráfica⁴⁸. Ahora bien, ¿acaso este gran sistema de patronazgo no puede ser un Estado?, o mejor dicho, ¿no es necesario hacerse con el monopolio de la coerción para conformar un sistema sociopolítico de tipo regional, transformándose así el rey de la Casa de Omri en un jefe de Estado? Ya notamos que no disponemos de evidencia alguna de tal monopolio del poder en esta región. Pero, como reza un conocido adagio, “la ausencia de evidencia

⁴⁵ Finkelstein 1996b: 234-236, 254-255.

⁴⁶ Esto es, “el espectro total de intercambios que toman lugar (incluyendo imitación y emulación, competición, guerras y el intercambio de bienes materiales y de información) entre unidades sociopolíticas autónomas (i.e., autogobernadas y, en ese sentido, políticamente independientes) situadas una al lado de la otra o en las cercanías dentro de una sola región geográfica o, en algunos casos, allende la misma” (Renfrew 1986: 1). La traducción es nuestra.

⁴⁷ Al respecto, véase Pfoh (en prensa).

⁴⁸ Cf. Finkelstein y Silberman 2001: 169-225; también la evidencia epigráfica traducida en Pritchard 1955: 280-281.

no es evidencia de ausencia” por lo que creemos que la no-estatalidad de la casa de Omri reside en otro tipo de argumentos e indicios. Por un lado, vimos que la relación de patronazgo aparece como dominante en estas sociedades y, al ser una emanación de la articulación parental de la sociedad, la transformación de una relación de patronazgo en un Estado estaría inexorablemente impedida por las propias premisas del parentesco; al menos, en principio. Por lo tanto un desarrollo cuantitativo de estas relaciones no conduciría inevitablemente a un orden estatal sino a una ampliación de estas relaciones de patronazgo, o sea, a una gran jefatura. Además, como ya señalamos, por definición, en un Estado el monopolio de la coerción se encuentra en gran medida *institucionalizado*, en tanto que el poder del patrón está *personalizado*, atado a relaciones (no obstante, desiguales) de “parentesco”⁴⁹. En consecuencia, creemos que a partir de la evidencia material disponible y ante las relaciones sociales constatadas, la idea de un orden estatal en Palestina debería ser puesta en suspenso, al menos, hasta que nueva evidencia que nos permita comprobar la práctica del monopolio de la coerción sea descubierta. Hasta el momento, no han sido hallados archivos reales o estructuras administrativas que nos permitan pensar en una organización burocrática del poder en Palestina durante la Edad del Hierro; tal vez la respuesta sea que las sociedades de patronazgo carecen de tales estructuras debido a que el gobierno de la entidad sociopolítica se realiza precisamente a través de estructuras de parentesco (linajes)⁵⁰.

⁴⁹ Bien puede notarse, insistiendo desde lo posible, que la dinámica del sistema de patronazgo, con su jerarquización social bipolar de patrones y clientes, podría ser la antesala del Estado puesto que, ¿qué le impide al patrón llevar al extremo un comportamiento despótico y faltar a la reciprocidad que lo ata con su cliente, asumiendo de manera permanente el monopolio de la coerción? Pues bien, no lo sabemos. Una posible respuesta a esto podría ser que la naturaleza de su poder dependía en gran medida de relaciones sociales (= obligaciones contraídas), lo que limitaba en cierta manera una autonomía total del patrón (cf. Liverani 1974: 348-356). Quizás, además, la topografía fragmentada y la escasez parcial de recursos naturales propios del Levante meridional hayan impedido que posibles intentos de establecer lo que conformaría un estado tengan éxito (cf. al respecto, Thompson 1992: 316-334). La sugerencia de algunos investigadores (Holladay 1995: 372; Joffe 2002: 425-467) de que los estados levantinos constituyeron *estados secundarios* no parece adecuarse a la evidencia de patronazgo. Por el momento, lo que sí sabemos es que no disponemos de evidencia material alguna que nos indique que un sistema institucionalizado de poder ha reemplazado a otro sistema basado en los términos del patronazgo en la antigua Palestina.

⁵⁰ Lemche, 2002: 264-276. Este investigador considera a los reinos de Israel y Judá como “estados patronales” (*patronage states*); sin embargo, no realiza una descripción profunda al respecto ni analiza qué distingue específicamente una sociedad de patronazgo de una

Todo esto, por supuesto, no niega la realidad histórica de un Israel en el antiguo Oriente. Tan sólo ubica al imperio de David y Salomón en el ámbito de la teología y el mito, ámbitos propios de las narrativas del Antiguo Testamento, y nos incita a enfocar nuestra atención en la Casa de Omri / Israel como el comienzo apropiado de la historia de Israel en la antigua Palestina a principios del siglo IX a.C.⁵¹, y luego en el surgimiento del reino de Judá, aún en mayores circunstancias de patronazgo: Finkelstein ha señalado que ya hacia el siglo IX a.C. la Casa de Omri mantenía relaciones de patronazgo (“*client-state*” en sus términos) con Judá, lo cual dispararía así –según el autor– el proceso formativo que culminaría con el pleno desarrollo estatal de esta última entidad hacia el siglo VII a.C.⁵². Este no es el lugar para estudiar en detalle la historia de estos dos pequeños reinos; sin embargo, las consideraciones que hemos presentado nos ofrecen un marco teórico a partir del cual empezar a construir una historia sociopolítica de Palestina en el primer milenio a.C. que no contemple las preconcepciones bíblicas de los estudios tradicionales⁵³.

CONSIDERACIONES FINALES

Nuestra intención en esta comunicación era presentar indicios y evidencias, por sobre todas las novedades históricas, de la continuidad en la Edad del Hierro de ciertas prácticas ya constatadas durante la Edad del Bronce en Palestina. La apelación a la imaginación histórica se hace imprescindible si, como se habrá apreciado, se desea apartar de un modo heurístico la información bíblica de nuestra metodología histórica. No se trata de combatir el viejo paradigma de los estudios bíblicos y arqueológicos, que iba a Medio Oriente a “confirmar la Biblia” por todos los medios, a

organización estatal o, más bien, si es posible que el monopolio de la coerción pueda manifestarse en una sociedad estructurada a través del parentesco (cf. *supra* las consideraciones de Campagno al respecto).

⁵¹ Al no existir una continuidad directa ni coherente en la evidencia material entre el Israel mencionado en la Estela de la Victoria de Merneptah de fines del siglo XIII a.C. (cf. Pritchard 1955: 378) y la Casa de Omri (*Bît Khumriya* o *Samarina*) de las inscripciones asirias del siglo IX a.C., no podemos considerar aquella primera mención como el comienzo de la historia de Israel en el antiguo Oriente (cf. Thompson 1992: 311).

⁵² Finkelstein 2001: 110.

⁵³ Podríamos señalar que la nueva historia de Israel de M. Liverani (2003) es, ciertamente, un paso importante en esa dirección.

través del mismo recurso pero a la inversa: el de refutar la Biblia por todos los medios. La historiografía de Israel y Palestina debe considerar ambas disciplinas, los estudios bíblicos y la historia y arqueología de esta región, de un modo integral. Así, deberíamos hallar un lugar para el estudio los escritos del Antiguo Testamento, en tanto literatura oriental, conjuntamente al estudio del pasado de Israel en la antigua Palestina, aunque aquí este último estudio no debería estar guiado por la narrativa bíblica.

En conclusión, los argumentos presentados nos permiten cuestionar el modo en que tradicionalmente se han comprendido la historia y la naturaleza de las organizaciones sociopolíticas de Palestina y ofrecer una perspectiva alternativa y crítica. A nuestro parecer, una redefinición de los parámetros teóricos, historiográficos y antropológicos, usualmente utilizados se hace sumamente necesaria para así arrojar nueva luz interpretativa sobre la evidencia material arqueológica y epigráfica. Hemos podido argumentar que, no obstante la indudable singularidad histórica de los reinos de Israel y Judá, la continuidad en la Edad del Hierro II de una estructuración y una práctica sociopolíticas ya presentes y bien conocidas durante los períodos anteriores en la región –quizás parte de una concepción cultural del poder territorialmente más extendida– es una probabilidad sustentada en varios indicios, sin que podamos comprobar, por otra parte, la existencia de evidencia de una práctica estatal. Así pues, en este preciso sentido y situándonos en el plano subyacente a lo meramente acontecimental, podríamos resumir nuestra perspectiva ensayando una paráfrasis del sosegado autor del Eclesiastés: no hay nada nuevo bajo el sol... de la antigua Palestina.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFÖLDY, G. 1996 [1984]. *Historia social de Roma*, Madrid, Alianza.
- BLACK, J. 1972. "Tyranny as a Strategy for Survival in an 'Egalitarian' Society: Luri Facts versus an Anthropological Mystique", *Man* n.s. 7, pp. 614-634.
- BRAUDEL, F. 1968. "La larga duración", en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, pp. 60-106.
- CAMPAGNO, M. 1998. "Pierre Clastres y el surgimiento del Estado. Veinte años después". En: *Boletín de Antropología Americana* 33, pp. 101-113.
2000. "Hacia un uso no-evolucionista del concepto de 'sociedades de jefatura'". En: *Boletín de Antropología Americana* 36, pp. 137-147.
2002. *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto*, (AÆ, 3), Barcelona, Aula Ægyptiaca.
- CARNEIRO, R. 1981. "The Chieftdom: Precursor of the State". En: G.D. JONES & R.R. KAUTZ (eds.), *The Transition to Statehood in the New World*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 37-79.
- CERVELLÓ AUTUORI, J. 1996. *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónicas en su contexto africano*, (Aula Orientalis – Supplementa, 13) Sabadell, AUSA.
- CLASTRES, P. 1978. *La sociedad contra el Estado*, Barcelona, Monte Ávila.
- DEVER, W. G. 1997. "Archaeology and the 'Age of Solomon': A Case Study in Archaeology and Historiography". En: L.K. HANDY (ed.), *The Age of Solomon: Scholarship at the Turn of the Millennium*, Leiden, E.J. Brill, pp. 217-251.
- EARLE, TH. 1991. "The Evolution of Chieftdoms". En: TH. EARLE (ed.), *Chieftdoms: Power, Economy, and Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-15.
- EISENSTADT, S. N. & RONIGER, L. 1984. *Patrons, Clients and Friends: Interpersonal Relations and the Structure of Trust in Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- FAUST, A. 2000. "The Rural Community in Ancient Israel during Iron Age II". En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 317, pp. 17-39.

- FINKELSTEIN, I. 1989. "The Emergence of the Monarchy in Israel: The Environmental and Socio-Economic Aspects". En: *Journal for the Study of the Old Testament* 44, pp. 43-74.
1992. "Pastoralism in the Highlands of Canaan in the Third and Second Millennia B.C.E.". En: O. BAR-YOSEF & A.M. KHAZANOV (eds.), *Pastoralism in the Levant: Archaeological Materials in Anthropological Perspectives*, (Monographs in World Archaeology, 10), Madison, Prehistory Press, pp. 133-142.
1994. "The Emergence of Israel A Phase in the Cyclic History of Canaan in the Third and Second Millennia BCE". En: I. FINKELSTEIN & N. NA'AMAN (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, Jerusalem, Israel Exploration Journal, pp. 150-178.
- 1996a. "The Archaeology of the United Monarchy: An Alternative View". En: *Levant* 28, pp. 177-187.
- 1996b. "The Territorial-Political System of Canaan in the Late Bronze Age". En: *Ugarit Forschungen* 28, pp. 221-255.
1999. "State Formation in Israel and Judah: A Contrast in Context, A Contrast in Trajectory". En: *Near Eastern Archaeology* 62/1, pp. 35-52.
2001. "The Rise of Jerusalem and Judah: The Missing Link". En: *Levant* 33, pp. 105-115.
- FINKELSTEIN, I. & SILBERMAN, N. A. 2001. *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, New York, The Free Press.
- FRANKFORT, H. 1976 [1948]. *Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza*, Madrid, Alianza.
- FRIED, M. 1978. "The State, the Chicken, and the Egg: or, What came First?". En: R. COHEN & E.R. SERVICE (eds.), *Origins of the State: The Anthropology of Political Evolution*, Philadelphia, Institute for the Study of Human Issues, pp. 35-48.
- FRITZ, V. & DAVIES, P. R. (eds.) 1996. *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOTSup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press.
- GELLNER, E. y otros. 1986 [1977]. *Patronos y clientes en las sociedades mediterráneas*, Barcelona, Júcar Universidad.

- HIGGINBOTHAM, C. 1996. "Elite Emulation and Egyptian Governance in Ramesside Canaan". En: *Tel Aviv* 23, pp. 154-169.
- HOLLADAY, J. S., Jr. 1995. "The Kingdoms of Israel and Judah: Political and Economic Centralization in the Iron IIA-B (ca. 1000-750 BCE)". En: TH.E. LEVY (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, New York, Facts on File, pp. 368-398.
- ILAN, D. 1995. "The Dawn of Internationalism—The Middle Bronze Age". En: TH.E. LEVY (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, New York, Facts on File, pp. 297-319.
- JOFFE, A. H. 2002. "The Rise of Secondary States in Iron Age Levant". En: *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 45/4, pp. 425-467.
- LEMICHE, N. P. 1995a. "Kings and Clients: On Loyalty between the Ruler and the Ruled in Ancient 'Israel'". En: D.A. KNIGHT (ed.), *Ethics and Politics in the Hebrew Bible*, (Semeia, 66), Atlanta, Scholars Press, pp. 119-132.
- 1995b. "Justice in Western Asia in Antiquity, or: Why No Laws Were Needed!". En: *Chicago Kent Law Review* 70/4, pp. 1695-1716.
1996. "From Patronage Society to Patronage Society". En: V. FRITZ & DAVIES, P.R. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOTSup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press, pp. 106-120.
2002. "Chronology and Archives—When Does the History of Israel and Judah Begin?". En: D.M. GUNN & P.M. McNUTT (eds.), *'Imagining' Biblical Worlds: Studies in Spacial, Social and Historical Constructs in Honor of James W. Flanagan*, (JSOTSup, 359), Sheffield, Sheffield Academic Press, pp. 264-276.
- LEMICHE, N. P. & THOMPSON, TH. L. 1994. "Did Biran Kill David? The Bible in the Light of Archaeology". En: *Journal for the Study of the Old Testament* 64, pp. 3-22.
- LIVERANI, M. 1967. "Contrasti e confluente di concezioni politiche nell'età di El-Amarna". En: *Revue d'assyriologie et d'archéologie orientale* 61/1, pp. 1-18.
1974. "La royauté syrienne de l'âge du Bronze Récent". En: P. GARELLI (ed.), *Le palais et la royauté*, (XIX^e RAI), Paris, P. Geuthner, pp. 329-356.
1983. "Political Lexicon and Political Ideologies in the Amarna Letters". En: *Berytus* 31, pp. 41-56.

1994. *Guerra e diplomazia nell'antico Oriente 1600-1100 a.C.*, Bari, Laterza.
2003. *Oltre la Bibbia. Storia antica di Israele*, Bari, Laterza.
- MAZAR, A. 1990. *Archaeology of the Land of the Bible 10,000-586*, (ABRL), New York, Doubleday.
- MILANO, L. 1995. "Ebla: A Third Millennium City-State in Ancient Syria". En: J.M. SASSON *ET AL.* (eds.), *Civilizations of the Ancient Near East*, New York, Scribners, vol. II, pp. 1219-1230.
- NIGRO, L. 1995. *Ricerche sull'architettura palaziale della Palestina nelle età del Bronzo e del Ferro: Contesto archeologico e sviluppo storico*, (CMAO, 5), Roma, Università degli Studi di Roma "La Sapienza".
- OTZEN, B. 1979. "Israel under the Assyrians". En: M.T. LARSEN (ed.), *Power and Propaganda: A Symposium on Ancient Empires*, (Mesopotamia, 7), Copenhagen, Akademisk Forlag, pp. 251-261.
- PARPOLA, S. & WATANABE, K. 1988. *Neo-Assyrian Treaties and Loyalty Oaths*, (SAA, 2), Helsinki, Helsinki University Press.
- PFOH, E. O. 2002. "Algunas consideraciones historiográficas para la historia de Israel en la antigua Palestina". En: *Eridu* 8, pp. 2-16.
2003. "El pasado de Israel en el Antiguo Testamento". En: *Antiguo Oriente* 1, pp. 55-72.
2004. "Salomón ben David y Egipto. Intercambios y el surgimiento de organizaciones sociopolíticas en Palestina durante la Edad del Hierro II". En: A. DANERI RODRIGO Y M. CAMPAGNO (eds.), *Antiguos contactos. Relaciones de intercambio entre Egipto y sus periferias*, Buenos Aires, Instituto de Historia Antigua Oriental, Universidad de Buenos Aires.
- PRITCHARD, J. B. (ed.) 1955. *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 2da. ed., Princeton, Princeton University Press.
- REDFORD, D. B. 1992. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times*, Princeton, Princeton University Press.
- RENFREW, C. 1986. "Introduction: Peer Polity Interaction and Socio-Political Change". En: C. RENFREW & J.F. CHERRY (eds.), *Peer Polity Interaction and Socio-Political Change*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-18.
- SAHLINS, M. D. 1984 [1968]. *Las sociedades tribales*, Barcelona, Labor.
- SALZMAN, P. C. 1978. "Ideology and Change in Middle Eastern Tribal Societies". En: *Man* n.s. 13, pp. 618-637.

- STAGER, L. E. 1985. "The Archaeology of the Family in Ancient Israel". En: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 260, pp. 1-35.
- SCHÄFER-LICHTENBERGER, CH. 1996. "Sociological and Biblical Views of the Early State". En: V. FRITZ & DAVIES, P.R. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOTSup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press, pp. 78-105.
- THOMPSON, TH. L. 1992. *Early History of the Israelite People: From the Written and Archaeological Sources*, (SHANE, 4), Leiden, E.J. Brill.
1996. "Historiography of Ancient Palestine and Early Jewish Historiography: W.G. Dever and the Not So New Biblical Archaeology". En: V. FRITZ & DAVIES, P.R. (eds.), *The Origins of the Ancient Israelite States*, (JSOTSup, 228), Sheffield, Sheffield Academic Press, pp. 26-43.
2000. "Problems of Genre and Historicity with Palestine's Inscriptions". En: A. LEMAIRE & M. SÆBØ (eds.), *IOSOT Congress Volume – Oslo 1998*, (VTSup, 80), Leiden, E.J. Brill, pp. 321-326.
2001. "The Messiah Epithet in the Hebrew Bible". En: *Scandinavian Journal of the Old Testament* 15/1, pp. 57-82.
- VAN SOLDT, W. H. 1995. "Ugarit: A Second-Millennium Kingdom on the Mediterranean Coast". En: J.M. SASSON ET AL. (eds.), *Civilizations of the Ancient Near East*, New York, Scribners, vol. II, pp. 1255-1266.
- WHITELAM, K. W. 1996. *The Invention of Ancient Israel: The Silencing of Palestinian History*, London, Routledge.
- ZACCAGNINI, C. 1987. "Aspects of Ceremonial Exchange in the Near East during the Late Second Millennium BC". En: M. ROWLANDS, M.T. LARSEN & K. KRISTIANSEN (eds.), *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 57-65.
- ZEVIT, Z. 2002. "Three Debates about Bible and Archaeology". En: *Biblica* 83/1, pp. 1-27.